

Arañando en la alteridad. La investigación como proceso complejo e intersubjetivo. Reflexiones a partir de un libro de Rafael Aliena¹

Por RAÚL SUSÍN BETRÁN

Universidad de La Rioja

Comenzamos la lectura del libro de Rafael Aliena Miralles que lleva por título *Adelaida Martínez y el honor de la pobreza* de una forma que no deja de resultarnos sugestiva, pues, en cierta medida, y tras las primeras páginas, se nos muestra como una apuesta arriesgada que deriva hacia una invitación a que rompamos, o al menos esa interpretación hago, los rigores tradicionales en los que se enmarcan las investigaciones al uso, y con ello su lectura, y los sustituyamos por los registros propios de lo que Aliena denomina un *mundo orwelliano* (pp. 23 y 24). Esto es, Aliena Miralles reivindica que su obra no quede circunscrita a un mundo estrictamente universitario, aunque de éste proceda mayoritariamente el lector al que vaya dirigida, sino que parece que su condición de ciudadano le obliga, y acepta de buen grado, a escribir para una comunidad más amplia o, cuando menos, para «cualquier lector mínimamente culto».

En este punto, no deja de haber una cierta cercanía, aunque en una primera instancia pueda parecer paradójico, con la «gástrica» reivindicación que del intelectual realiza Tabucchi en sus conversaciones con Sofri². Y me explico. En el texto de Aliena encontramos algunos guiños a una cierta informalidad que le lleva a marcar dis-

¹ El debate que aquí se inicia nace de la lectura del libro ALIENA MIRALLES, R., *Adelaida Martínez y el honor de la pobreza*, Fundación La Caixa, Barcelona, 1999.

² Cfr. TABUCCHI, A., *La gastritis de Platón*, trad. C. Gumpert, Anagrama, Barcelona, 1999.

tancias con los rigores de la *academia*, algo que llega a hacer explícitamente en algún momento (p. 20), y que creo va más allá de la mera cuestión metodológica. Indudablemente, esto no significa que Aliena deteste lo intelectual, o lo universitario como parte o extensión de ello. Ni tampoco significa que su texto adolezca de un necesario rigor en lo que se refiere a las argumentaciones; o que no refuerce sus reflexiones con apoyos que podamos considerar como dignos de estar investidos de autoridad. Ni, finalmente, tampoco esta informalidad le lleva a Aliena a que lo literario acabe teniendo una fuerza expansiva que derive en la anulación total del trabajo científico. Aliena se mueve en estos puntos con una correcta medida. Sin embargo, y en mi opinión, esto no es óbice para que podamos ver que lo que parece pretender, y de allí su cercanía con el escritor italiano, o por lo menos con el talante del mismo, es una reivindicación de su papel, e incluso, en un plano más trascendente, de su «lugar en el mundo». Y esto, en un primer término, porque a lo largo del texto Aliena nos va mostrando su propia evolución a la hora de afrontar el tema de la pobreza, de lo que resultan suficientemente significativas las páginas 37 y ss. En estas páginas, al hilo de la revisión de los «paradigmas teóricos en asuntos de pobreza», y utilizando una técnica de contraposición, quizás no de opuestos pero sí de partes sustancialmente diferentes, y que repetirá en otras ocasiones, el autor presenta, en lo que a estas opciones teóricas se refiere, tanto la historia de la investigación como algún apunte de su propia biografía como investigador. Pero además, y en segundo lugar, porque conforme vamos avanzando en la lectura vamos viendo como Aliena se nos muestra en múltiples conversaciones que van más allá del propio texto, de la propia investigación, y que delatan una forma de investigar, pero también de ver y afrontar la realidad con un indudable compromiso. Aliena se reivindica pues, en estas páginas, al igual que Tabucchi en las suyas, como un escritor-investigador-intelectual que nos invita a conocer, a indagar en un mundo que aunque se viste de realidad personal, con nombres y apellidos, Adelaida Martínez, vecina del «Barrio Maravillas», no deja de ser en cierta medida una realidad universal que se alimenta de ese interés por la tragedia que acompaña la condición humana, aunque el mismo autor afirme en algún momento que este personaje «no es un arquetipo» (p. 20).

El sociólogo valenciano, de esta forma, actúa con una perspectiva sincrónica. Es decir, se preocupa por su tiempo y por los problemas que vive en su tiempo, la desigualdad, la pobreza, el desarraigo; y, en cierta medida, proyecta su compromiso personal a través de su obra, pues no se puede dejar de lado que, aunque de forma un tanto «interesada», ya que la finalidad inicial parece ser la de conseguir un «emplazamiento privilegiado», accede y conoce el medio a través de su participación en un grupo de autoayuda de madres con hijos en prisión, grupo en el que como él mismo cuenta va asumiendo responsabilidades que le llevan a participar como dirigente-«facilitador», así

como a continuar su trabajo en el grupo más allá de la misma investigación (pp. 63 y 64). En nuestro caso (en realidad en mi caso, pues no quiero obligar a nadie a nada, y menos a comprometerse en los tiempos que hoy corren), aceptamos este talante, lo compartimos, si bien a todo esto una pequeña crítica. Quizás la declaración de intenciones con la que se presenta *Aliena*, y que bien podría situarse entre los marcos trazados por un tiralíneas fundido en la civilidad *republicana*, choca un poco con una cuestión que podríamos denominar casi de intendencia, pero que, no obstante, no deja de suponer un ruido. Y es que la edición del libro, a cargo de Fundación La Caixa, compromete un tanto la generalización del conocimiento que *Aliena* parece tener intención de proporcionarnos con su investigación. Por otro lado, y como todo tiene su explicación, la elección de la editorial parece estar condicionada porque esta investigación fue reconocida con el «Premio Dr. Rogelí Duocastella de investigación en el campo de las ciencias sociales», premio que convoca anualmente la Fundación La Caixa.

Continuando en este plano de presentaciones y de cara a conocer mejor el trabajo con el que nos encontramos, conviene dar unas breves notas sobre el autor del texto. Rafael Aliena Miralles, doctor en Sociología y profesor de Política Social en la Universidad de Valencia, ha realizado diversas investigaciones y publicado diferentes trabajos en textos individuales y colectivos relacionados con las políticas públicas, profundizando, por lo que conozco, en los temas de la pobreza y la exclusión social y en uno de esos mecanismos que ahora parece que gustan llamarse como de «ingeniería social» y que para algunos no son otra cosa que nuevas formas de «caridad institucionalizada», las rentas mínimas³. Lógicamente, a la luz de estas breves notas, y de las declaradas y un tanto iconoclastas intenciones del autor comentadas al inicio, a la vez que comenzamos a situarnos, también podemos sospechar, o intuir, que el libro que comentamos no recoge una investigación que podamos calificar como de las típicas y al uso en el ámbito de la filosofía del derecho. Más bien para nada. Lo cual, dado el marco en el que se publican estas líneas, el *Anuario de Filosofía del Derecho*, con unos lectores probablemente ya determinados, no deja de ser positivo en un mundo que reclama en todos sus ámbitos más y más mestizaje.

Y en ese mestizaje, pero sin confusión, se mueve con plena soltura Aliena Miralles. Su trabajo no es un trabajo que podamos enmarcar con unos listones precisos, pero que a la vez tiendan a hacer incómoda la lectura del texto. No se trata de una investigación jurídica, pero tampoco podemos decir de ella que utilice —como tampoco que aban-

³ Además, y como el propio Aliena nos hace saber en la nota 29 de la página 40, existe un trabajo sin publicar que, aunque desde otra perspectiva, parece guardar un cierto vínculo con esta investigación, según podemos adivinar por su título, *Pobreza e integración social. La vida local de Adelaida Martínez*, 1996.

done—, en sentido estricto, una perspectiva filosófica, antropológica, etnológica, psicológica, etológica, sociológica o, incluso, semiótica. De todas ellas un poco, y de ninguna todo. Por ejemplo, en lo que se refiere a las raíces filosóficas del texto no dejan de ser significativas las referencias que Aliena realiza al principio, cuando podría considerarse que redacta su primera tarjeta de presentación —que luego irá perfilando de forma más precisa en los primeros cuatro capítulos (pp. 25-84)—, de la obra de autores como Berlin, Orwell, Taylor o Camus. De los tres primeros reconoce expresamente Aliena su influencia en lo que se refiere al espíritu de su trabajo. Del último, Camus, destaca la influencia que ejerce su obra *El primer hombre*. Esta obra, y este autor, tienen mucho que ver con la historia que nos cuenta Aliena, como se refleja, entre otras cosas, en el mismo título del texto, «... y el honor de la pobreza». Un honor del que también escribió Simone Weil en una obra que tenía al desarraigo —al igual que la de Camus y, en cierta medida, la de Aliena— como elemento central, y del que dijo que es «una necesidad vital del alma humana»; a la vez que del mismo afirmaba que su necesidad «queda plenamente satisfecha cuando cada una de las colectividades de las que es miembro un ser humano le ofrece una parte en la tradición de grandeza contenida en su pasado y públicamente reconocida desde fuera»⁴. Curiosamente, la obra de la que extraigo esta reflexión sobre el honor, *Echar Raíces*, es una obra inacabada cuya edición francesa corrió a cargo de Albert Camus, y en ella también podemos encontrar, al igual que en la anterior obra del autor francés, aunque quizás de forma un tanto más diluida por la ausencia de las figuras de los personajes, el reflejo de la Adelaida Martínez que ocupa y preocupa a Aliena.

Por otro lado, no se acaban aquí las referencias en las que a lo largo del texto podemos sentir la presencia de la filosofía en sus distintas vertientes, moral, política o social. Conforme avanzamos en la lectura del texto, además de con aportaciones de autores como los más arriba recogidos, o de otros como MacIntyre, Adam Smith y, sobre todo, Hobbes, nos encontramos con cuestiones que resultan muy familiares a la filosofía. Es el caso de aquellas relativas a la violencia y al orden social, a los valores, a la modernidad o a las pasiones. Cuestiones todas éstas a las que, como veremos más adelante, se llega no desde una perspectiva abstracta, fría y doctrinaria, sino que se accede desde una perspectiva que tiene en cuenta un caso, el de Adelaida Martínez, con su visión del mundo, aunque ciertamente traducido por lo que Aliena denomina el «doble analítico» (pp. 87-146); con su apreciación y creencia de lo que es la «buena vida», con sus valores, «ideas fuerzas» y valoraciones que realiza la protagonista a partir de las mismas (pp. 149-168); y, finalmente, con los juicios, pasiones y emociones que, siempre según Aliena, se desprenden de los problemas de

⁴ Vid. WEIL, S., *Echar raíces*, trad. J. C. González Pont y J. R. Capella, Trotta, Madrid, 1996, p. 35.

integración local que tiene Adelaida Martínez en el «Barrio Maravillas» a partir de los condicionamientos relacionales y de adaptabilidad que le impone su sentido del orden moral (pp. 172-222).

De otra parte, si la influencia de la filosofía y sus referencias aparecen de forma suficientemente nítida como para señalarlas de manera individualizada, quizás sea más difícil poder separar tajantemente el uso de las otras perspectivas. Aunque, sin embargo, no deja de ser cierto que en el texto podemos encontrar numerosos signos que considerados de forma aislada nos podrían llevar a afirmar que estamos ante una investigación antropológica, etnológica, psicológica, sociológica, semiótica o de ecología social. De esta forma, y en primer lugar, la lectura de *Adelaida Martínez y el honor de la pobreza* nos evoca la figura del antropólogo norteamericano Oscar Lewis y las investigaciones que éste llevó a cabo en los años sesenta. En este sentido, y aunque las referencias explícitas que se hacen tanto a este autor, como a la idea-concepto-método de la «cultura de la pobreza» que él introdujo y sobre la que trabajaron posteriormente otros autores como Harrington y Moynihan (al que también se refiere), se reducen a unas pocas páginas —en concreto, y salvo alguna alusión aislada (pp. 53 y 106), me refiero al epígrafe 16 (pp. 215 y ss.), donde Aliena presenta las tesis de la «cultura de la pobreza» y de la ineficacia personal como elementos explicativos de la desviación—, esto no significa que no podamos encontrar guiños evocadores de la obra del antropólogo norteamericano y de su «cultura de la pobreza». Es el caso de los rasgos de la «cultura de la pobreza» que van apareciendo en el personaje de la investigación, Adelaida Martínez, o/y en los habitantes del «Barrio Maravillas», destacando entre todos ellos las cuestiones relativas a la adaptabilidad donde, como señala Aliena, Adelaida Martínez tiene graves problemas. O de la utilización en la detección de estos rasgos de tres de las perspectivas posibles desde las que según Lewis se puede afrontar el tema de la «(sub)cultura de la pobreza»: desde los niveles de la comunidad local y de la familia, pero, sobre todo, desde las actitudes, los valores y la estructura del carácter del individuo⁵. O, incluso, de otras cuestiones como el recurso (aunque ciertamente es mucho más que un recurso) del personaje, Adelaida Martínez, y de su relato como vertebradores de la investigación⁶. Si bien en este último punto hay que señalar cómo a diferencia de las obras de Lewis, Aliena, aunque parece estar interesado en recibir a través de «su» personaje cuestiones relativas al micromundo del

⁵ Cfr. LEWIS, O., *La Vida. Una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza: San Juan y Nueva York*, trad. J. L. González, Editorial J. Mortiz, México, 1969, pp. XLVIII-LI.

⁶ Aunque a título anecdótico, no deja de ser curioso que en el libro *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, una de las familias sobre las que realiza la investigación el antropólogo norteamericano es la denominada «familia Martínez». Vid. LEWIS, O., *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, trad. E. Sánchez Ramírez, Fondo de Cultura Económica, México, 1961, pp. 33-63.

«Barrio Maravillas» como si de una investigación etnográfica se tratase, sin embargo, rompe en cierta medida la puridad que desde la etnografía le llevaría a limitarse a recoger y describir los datos obtenidos o, probablemente, contruidos (y este matiz de la construcción o transformación a pesar de que pudiera utilizar uno de esos ojos artificiales que casi todo lo ven, a veces de forma un tanto indiscreta), y defiende explícitamente, y como luego veremos, una opción interpretativa que más que descodifique trabaje sobre el discurso de Adelaida.

Pero en el trabajo de Aliena no sólo se puede apreciar el referente proporcionado por las perspectivas filosófica, antropológica o etnográfica, sino que también se puede sentir la presencia de otras perspectivas y, sobre todo, de la sociológica, pues entre todas, ésta destaca como perspectiva dominante, algo por otra parte lógico dada la formación académica de Aliena. En esta dirección encontramos las imágenes y aportaciones que este autor toma de innumerables sociólogos. Aquí estarían, por un lado, las que provienen de aquellos que parecen jugar con una sociología discursiva o interpretativa que se mueve en la frontera con la filosofía, caso de la utilización que Aliena hace de Giddens en lo que se refiere tanto a plantear una visión del problema de la pobreza como algo superador de un planteamiento centrado en el tema de los recursos, como en alguna de sus reflexiones en torno a la cuestión de la modernidad; o, incluso, también entrarían en este bloque las referencias a Norbert Elias y su proceso civilizatorio, a quienes Aliena relaciona con la citada cuestión de la violencia y el orden social. Y, por otro lado, aquí también nos encontraríamos con aquellas aportaciones de otros sociólogos en una línea más positivista y cercana a la sociología general, como es el caso de Durkheim.

No obstante, sobre todas las aportaciones que podríamos considerar que tienen la filiación del amplio espectro de la sociología en alguno de sus desarrollos, merece la pena señalar de forma diferenciada la presencia de tres autores, Castel, Blumer y Goffman. En primer lugar, hay que reconocer la marca de Castel. La influencia de este autor resulta decisiva, pues Aliena recibe de este sociólogo francés el primer hito sobre el que construir la investigación, lo que reconoce en varias páginas (pp. 37 y 58), incluso, de forma explícita, «Robert Castel (mi punto de partida)» (p. 63). Así, en un inicio, gracias a Castel se interesa por los recursos de la pobreza. Sin embargo, no es ésta la influencia fundamental de este autor sobre Aliena, pues, como más adelante reconoce, cambia la clave con la que se acercaba a la lectura de aquél y, superando el paradigma de los recursos, de la escasez de recursos como causa de la pobreza, lo sustituye por el que se vertebra a través de los bienes y los males, a través de la buena o mala vida. En este segundo paradigma se encuentra el Castel determinante en esta investigación, ya que de él proviene la idea sobre la que se trabajará, la idea de desafiliación como «expresión de un modo particular de disociación del lazo

social» (p. 58). Desde este concepto, Aliena, en un inicio, orientaba la investigación hacia el estudio de la integración-vinculación social de los pobres, pero, tal y como él mismo indica, los esfuerzos del investigador se han acabado dirigiendo al estudio de la integración local de una pobre, Adelaida Martínez, y al mismo tiempo, al trabajo en desvelar e interpretar el significado y las imágenes en los discursos de Adelaida Martínez (pp. 58-66).

Este nuevo objetivo, la «interpretación del relato» y la «comprensión de la vivencia» (p. 65), no olvida el concepto introducido por Castel, pues, como se puede ver en la lectura del relato, la historia de Adelaida Martínez es una historia de desafiliación, es decir, de desarraigo y de ausencia de ciudadanía, entendida ésta como sentimiento de pertenencia a la comunidad, a la *república*, y, por lo tanto, como vinculación con las ventajas y obligaciones de participación que en la vida cívica ello lleva consigo. Pero, enlazando con la influencia de Blumer, la presencia de la idea de desafiliación de Castel aparece en este nuevo objetivo como «concepto sensibilizador». En este sentido, la influencia de Blumer se concreta, básicamente y al margen de alguna cuestión metodológica, como la idea de inspección (pp. 80-81), en una aportación que en principio puede parecer que se reduce al plano epistemológico, pero que, en realidad, se proyecta sustancialmente en el desarrollo de todo el proceso investigador. Aliena defiende la importancia y la necesidad de los conceptos (pp. 233 y 179), y a ellos, siempre a través de la experiencia personal de su personaje, dedica algunas páginas de la publicación que se centran en cuestiones relativas a la noción de integración local (pp. 172 y ss.). Así, y de acuerdo con Blumer, existirían «conceptos definitivos» y «conceptos sensibilizadores». Los primeros harían referencia «a aquello que es común a una clase de objetos, con ayuda de una clara definición basada en atributos o límites fijos». Es decir, con esta denominación se aludiría a aquellos conceptos que representan un contenido específico, claramente definido, y de los que se puede presumir que nos van a economizar los esfuerzos en el acceso y conocimiento de la realidad, eso sí, a cambio de ofrecer una perspectiva un tanto rígida y unidimensional. Y, junto a ellos, pero en el polo opuesto, Blumer plantea que la ciencia social dispondría también de los «conceptos sensibilizadores», con lo que se refiere a aquello que «carece de dicha especificación de atributos o límites y, en consecuencia, no faculta a quien lo utiliza para recurrir directamente al caso y a su correspondiente contenido», proporcionando en lugar de ello al usuario, «un sentido general de referencia y orientación en el enfoque de casos empíricos»⁷. Aliena

⁷ Sobre la diferencia entre los «conceptos sensibilizadores» y los «definitivos», véanse los artículos de Herbert Blumer que aparecen recopilados en BLUMER, H., *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*, Hora, Barcelona, 1982, y, especialmente, el que lleva por título «¿Cuál es el error de la teoría social?», pp. 107-116, de donde he extraído las referencias que utilizo arriba en el texto. Además, no se puede

deja a un lado los «conceptos definitivos», los que proporcionan conocimientos, y opta por los indicios, la sugerencias..., y en este campo pienso que se mueven conceptos que utiliza, tales como desafiliación, identidad o integración.

Desde esta opción epistemológica por los «conceptos sugerentes», Aliena realiza un giro en el planteamiento de su investigación y comenta cómo la entrevista con Adelaida Martínez marca un punto de inflexión en todo el trabajo (p. 64). Aunque en un terreno que podemos considerar todavía como epistemológico, Aliena decide que «sin quitar peso a la estructura, habría que incorporar, como mínimo, el lenguaje de los sentimientos y de las normas, que, dicho sea de paso, es el lenguaje del mejor pensamiento y de la mejor literatura universales». Se trata de una declaración de intenciones que va a marcar todo el devenir de la investigación, pues a partir de este momento el autor deja a un lado la idea inicial, la integración social de los pobres, así como algún material ya recopilado, lecturas y entrevistas, y se centra en las posibilidades que le ofrece el personaje de Adelaida Martínez⁸. El trabajo se focaliza en este personaje y en su integración local, y esto, en cierta medida, determina un alejamiento de Castel, pues el seguimiento estricto de éste, en mi opinión, parece que nos hubiera conducido hacia las causas que llevan al proceso actual de desafiliación, lo que nos haría movernos, de acuerdo al sociólogo francés, en el plano de problemas como el desempleo, la precarización, la vulnerabilidad, la quiebra del sistema de protección social y/o el fin de la utopía de la sociedad salarial. Sin embargo, no es ésta la orientación que Aliena da al trabajo, sino que, sin abandonar totalmente el referente de Castel, hace que entre en juego la figura de Erving Goffman.

La importancia de este autor en el desarrollo seguido en la investigación queda de manifiesto, en primer lugar, en el reconocimiento que Aliena hace de él. En este sentido, por ejemplo, dice Aliena que hará «un uso de Goffman de los que podemos llamar *de trastero*» (p. 119), y lo explica al pie de página diciendo: «Usar a Goffman de esta manera es saber que está ahí, como gran proveedor, y que podemos hacer nuestras exploraciones en su territorio y concebir ideas a partir de él, como si acudiéramos a un buen trastero» (nota 107). En concreto, en el uso de este «trastero» nos vamos a encontrar un interés por lo micro. Una sensibilidad hacia cuestiones que en muchos análisis quedan enterradas por aludes de estructuras sociales y de complejas (y frías) teorías sociológicas que impiden acercarse a la realidad con «un rostro humano» y que en este libro dejamos, precisamente, en el «trastero». De esta forma, y

dejar de lado en este punto que, como el propio Aliena reconoce, nota 50 de la página 60, todo el libro de Blumer «ha sido muy utilizado en este trabajo.»

⁸ En realidad, como dice el autor: «Aparentemente abandonaba mi proyecto inicial, pero no era así. Simplemente lo dilataba», p. 65.

usando una expresión prestada, Aliena se ocupa, a través siempre de la experiencia de Adelaida Martínez en su «Barrio Maravillas», de «las migajas de lo social»⁹. Goffman, a quien, por otro lado, se debe la creación y desarrollo de uno de los «conceptos sugerentes» más paradigmáticos, el de *estigma*¹⁰, estimula la investigación hacia lo micro, hacia lo insignificante. Más en concreto, ya en el epígrafe «La ontología y la imaginación moral de la pobreza» (p. 28), se puede apreciar el influjo de Goffman. No se trata de estudiar las relaciones, las estructuras sociales, o cuestiones a ellas ligadas, ni se trata, tampoco, aunque sabemos que de esto también hay algo, de aventurarnos en un estudio sobre la «cultura de la pobreza». Es más bien un intento por llegar a «la sustancia última del pobre» por medio de un personaje y de su experiencia concreta. Aliena, en una línea que como vamos viendo no es que no tenga unos perfiles claros, sino que cada vez se va haciendo más compleja, con perspectivas que ahora navegan entre las aguas de la sociología, de la psicología social, la sociosemiótica y la etología, se preocupa de «lo que Adelaida Martínez advierte, interpreta y enjuicia» (p. 29); de «recordar que la pobreza tiene sujeto» (p. 30); y de indagar en la «imaginación moral de la pobreza»¹¹, es decir, en esas «ideas fuerzas» que se encuentran en la realidad de la pobreza y que sirven para acceder a ella no parcialmente sino en toda su existencia, lo que, a su vez, le lleva a preocuparse por la comprensión del pobre como un sujeto «partícipe de una interacción» y le empuja hacia el interés por su «realidad trivial», por los modales, por los casos individuales, por todo aquello que le posibilite una «sensación de proximidad» (pp. 31-36).

Pero, tras este avance, va a ser sobre todo en la sección III (pp. 87-146), donde podamos apreciar de forma más explícita y notoria la presencia de Goffman. Así, este interés hacia el microorganismo social traza las coordenadas en las que se mueve la investigación, y lleva a que en ella Aliena se preocupe de cuestiones como las imágenes y los miedos, los sentimientos, las sensaciones, los procesos de interacción, los signos y las claves de información de las perso-

⁹ Como ya digo, se trata de una expresión prestada que tomo del encabezamiento con el que Manuel Delgado titula una reseña de la obra JOSEPH, I., *Erving Goffman y la microsociología*, trad. M.^a Marta García, Gedisa, Barcelona, 1999. Vid. *El País-Babelia*, 408, de 11 de septiembre de 1999, p. 15.

¹⁰ Cfr. GOFFMAN, E., *Estigma*, trad. L. Guinsberg, Amorrortu, Buenos Aires, 1970.

¹¹ La expresión la recoge Aliena de TRILLING, L., *La imaginación liberal*, Edhasa, Barcelona, 1971. Es, como el mismo Aliena indica, «un asunto difícil de tratar», y para ello nos puede ser útil tanto la referencia anterior como algunos trabajos de Gertrude Himmelfarb. En este sentido, véanse HIMMELFARB, G., *Matrimonio y moral en la época victoriana*, trad. E. Rodríguez, Debate, Madrid, 1991, pp. 10 y 11, donde se expone esta noción que se utilizará en los diversos ensayos que componen la publicación; y también, *íd.*, *The Idea of Poverty. England in the Early Industrial Age*, A. A. Knopft, New York, 1984.

nas; y atiende a cómo todo esto contribuye a determinar las «experiencias fundadoras» y a construir la identidad, las relaciones interpersonales, las cuestiones de comportamiento..., la vida cotidiana de Adelaida Martínez en el «Barrio Maravillas», pero también la creencia de que la misma es de una determinada forma. Así, es en estas páginas, capítulos 5, 6, 7, 8 y 9, donde podemos encontrar mayor presencia de Goffman, donde éste proporciona a Aliena de forma explícita un mayor número de palabras, expresiones e imágenes, como es el caso, por ejemplo, de «las reglas de deferencia y de proceder».

Sin embargo, en mi opinión, la mirada de Goffman se sigue proyectando en los restantes capítulos con sus microlentes, las cuales, como hemos apuntado más arriba, proporcionan un poco de etología, un poco de psicología social, un poco de sociosemiótica y un poco de sociología comprensiva. Es el caso, en primer lugar, de la sección IV (pp. 149-168), que tras una breve presentación en la que aprovecha para hacer un pequeño balance de lo expuesto hasta el momento, recoge los capítulos 10 y 11 dedicados a facilitar la comprensión –y, como en algún momento dice Aliena, en el sentido más pleno de la palabra comprender, la creencia– del personaje, y a determinar, por un lado, qué es y en torno a qué valores se estructura para Adelaida Martínez la idea de una buena vida; y, por otro lado, y sin abandonar este plano axiológico de los juicios y los valores, a definir de forma cada vez más clara los perfiles de Adelaida como un personaje «de otro tiempo» que se encuentra enfrentado a la modernidad y a todo lo que ésta significa. En segundo lugar, la mirada de Goffman también la podemos ver proyectada en los capítulos restantes, 12 a 16, páginas en las que Aliena, tras el paréntesis de los capítulos 10 y 11, se ocupa de volver a lo que ha presentado como el tema central de su investigación, la integración local de Adelaida Martínez. En este caso pretende llegar a lo particular a través de la utilización de una base conceptual conformada por «conceptos sensibilizadores», los cuales, como ya hemos indicado, no proporcionan respuestas unidimensionales, sino que más bien, y como dice Aliena en referencia a su trabajo conceptual materializado en las seis dimensiones de la integración social, éstas se presentan como «recursos para hablar con orden, con una mínima claridad y con una distinción básica» (p. 179). Finalmente, y en tercer lugar, también podemos apreciar la mirada de Goffman en las páginas destinadas a las conclusiones que Aliena presenta, a modo de reflexiones, de una forma abierta, con unos trazos casi impresionistas. En ellas realiza algunas propuestas tanto a nivel de conocimiento como, más que de método en sí, de talante, dominando en todas la impronta a la que nos estamos refiriendo. Es decir, el gusto por lo micro, por las «migajas de lo social», por dar voz a los propios agentes investigados y, en consecuencia, no haciendo de ellos un mero eslabón que ayude a comprender una teoría socio-histórica, sino sujetos con nombre, apellidos y protagonis-

mo. Todo lo cual se concreta en el ya dicho interés por las emociones, por lo trivial, por las imágenes, por la identidad, por las instituciones que vertebran la vida de las personas, por la buena vida de los pobres, y por su idea de la misma, por sus juicios y valores, por las cuestiones relativas a la integración local o por aquellas que tienen que ver con el comportamiento.

Por otro lado, y al margen del contenido del trabajo, la sombra, o la luz, de Goffman también va a determinar la metodología utilizada en la investigación. Así, no resulta fruto del capricho la opción por una metodología que puede dar una cierta sensación de *deconstrucción* y que, como a continuación veremos, Aliena denomina «realismo metodológico». En un principio, la condición de sociólogo de Aliena podría inclinarnos a pensar que estamos ante una (de tantas) investigación que, desde una sociología cuantitativa, asoma la cabeza en un tema de la realidad social, en este caso la pobreza, y se dedica a contar. Así, al igual que hacen otros en muy diversos campos y con mucha solvencia, autoridad y mérito, sin duda, Aliena se podía haber dedicado a contar. A contar lo que sea. Es decir, a lo que él mismo considera como el «espinoso asunto de la medición» (p. 185). En este caso, por ejemplo, el autor de la investigación se podría haber dedicado a medir el grado de integración asociativa de Adelaida Martínez a través de la medición de la duración, de la multiplicidad o de la cantidad de apoyo social como propiedades de las relaciones vecinales. Esta actividad de medición, lógicamente, produciría una cierta economía en la tarea de lectura de la investigación, incluso, podría llegar a reflejarse en signos, símbolos y cifras, lo que para algún lector ávido de investigaciones «neutras» derivaría hacia una especie de «orgasmo intelectual» por la consecución de la tan añorada «objetividad». No obstante, Aliena, asumiendo riesgos, no opta en esta investigación por un análisis al uso, es decir, no se trata de una aportación cuantitativa, no tiene como finalidad determinar una cantidad. Pero, por otro lado, tampoco podemos decir que se incline por una opción cualitativa en el sentido de estudiar un caso con la finalidad de ir descubriendo y aislando los elementos que componen el caso «Adelaida Martínez». Así, no se dedica, por ejemplo, a recortar el discurso de su personaje con las tijeras de las exigencias metodológicas más dogmáticas a través de categorías e hipótesis clasificatorias, ni establece índices, escalas u otros instrumentos de medición que nos reenviarían de nuevo al plano cuantitativo, como ocurre en ocasiones en las investigaciones que se llevan a cabo en el cercano ámbito de la sociología del derecho.

Frente a estos posicionamientos que podrían resultarnos a la vez más comunes y más cómodos, en este trabajo, Aliena, como hemos indicado, opta por una orientación que él denomina «puro realismo metodológico». Para ello parte, por un lado, de la reflexión siguiente: «La lección que extraigo es que los manuales de metodología no sólo pecan de falta de realismo al dibujar un mundo que no existe, sino que

con frecuencia abruma al lector con exigencias de una consistencia y un orden tan difíciles de cumplir y tan ajenos al funcionamiento de la mente humana (...) que acaban en el bloqueo o la parálisis de muchos» (pp. 67-68). Y, por otro lado, junto, o más bien, en el negativo de este tono escéptico frente a lo que podríamos denominar los rigores de lo académico, Aliena considera necesario buscar un instrumento que le permita acceder, con los menores ruidos posibles, al discurso de Adelaida Martínez y con él a sus imágenes, mentiras, ambigüedades, sentimientos, pasiones, creencias,... La presión de estas dos fuerzas conduce a Aliena, quien afirma que «la metodología en ocasiones pesa mucho» (p. 79), a buscar su propia salida en una vía que probablemente no sea científica en sentido estricto, pero que, como el mismo autor dice, se guarda de «cumplir» con la metodología, lo que significa «haber planificado con antelación, orden y lógica los diferentes pasos de la investigación»; «haber recogido y registrado la información» de acuerdo con los denominados «procedimientos homologados»; y, finalmente, «analizar estos materiales con rigor y con sistema, siguiendo procedimientos analíticos, lineales, seriales y explícitos» (p. 67).

No obstante, el hecho de que cumpla con estas exigencias no le impide superar los efectos anquilosadores de los rigores metodológicos y, afirmándose como «alguien que, como Segismundo, quiere librarse de sus cadenas», se inclina por trabajar desde una «metodología pobre y humanista». Como dice más adelante en una especie de declaración de principios, y con la honestidad que transversalmente atraviesa toda la investigación: «Más vale, por prudencia y por justicia, decir que mis métodos no tienen apellidos ilustres. Más vale apostar porque mi metodología es pobre, porque, aunque pobre, es metodología» (p. 80). De este modo, a través de una serie de pares sobre la idea y la acción de analizar e interpretar, glosador o reductor de ambigüedades, revelador o enmarcador, decodificador o crítico literario, reflatador de significados o rastreador, intérprete o narrador, intérprete creyente o descreído (pp. 71-79), perfila y define su «pobre y humanista» propuesta metodológica, a la vez que da contenido a una afirmación que había realizado en unas páginas anteriores, «creo haber sido riguroso intelectualmente pero, si me pongo a razonar sobre métodos y técnicas de análisis, me siento desconcertado y no puedo evitar la impresión de haber hecho arte» (pp. 68-69).

Concretando un poco más el tema metodológico, en sintonía con estos planteamientos se comprende que Aliena adopte como fuente básica de información el discurso de Adelaida Martínez que surge en el marco de la conversación entre ambos y para lo que habla con ella, «de manera sistemática, durante dos horas en diez ocasiones» (pp. 65 y 68). Aliena, con el uso de este método discursivo –donde, por otro lado, va intercalando, de forma que en ocasiones puede parecer un tanto obsesiva, una serie de preguntas que hacen que su

trabajo aparezca envuelto en una dinámica de replanteamiento constante—, se compromete a mantener vivo el mensaje y, más aún, la propia identidad de Adelaida Martínez. El autor se maneja en este tema durante todo el texto con sumo cuidado, más bien, con una especial sensibilidad, siendo consciente en todo momento de lo complicado de la cuestión y de las tensiones que entran en juego. Sin embargo, y fruto de esos riesgos un tanto *deconstructivistas* a los que me he referido más arriba, Aliena, en el tratamiento de la información recogida, marca distancias con los planteamientos analíticos, e impulsado por el aburrimiento, o por lo menos eso dice (p. 65), se lanza al «comentario libre», a como dirían Taylor y Bogdan en relación a la investigación cualitativa, y como acabamos de ver él mismo también dice en algún momento, a hacer *arte*¹². De esta forma, y como matiza en el apartado dedicado a describir la génesis y evolución del trabajo, II.3, «el discurso de Adelaida Martínez (como muchos otros), era, si nos limitábamos a transcribirlo, insignificante y carente de interés» (p. 65). Ciertamente, Aliena guarda cuidado en no ahogar la voz del personaje, y de allí sus declaradas intenciones en el sentido de que «la voz de Adelaida Martínez pudiera oírse» (p. 65); o, por ejemplo, afirmando que su «trabajo se centra en lo que Adelaida Martínez advierte, interpreta y enjuicia», y que, por consiguiente, «he mirado con frecuencia a través de los ojos de Adelaida Martínez» (p. 29). Pero todo ello no significa que deje vagar libremente o, mejor, que deje «huérfano» el discurso y las imágenes de Adelaida, sino que interviene en la conversación, pues de eso se trata realmente el trabajo, de una «conversación en un sentido lato» (p. 83).

Indudablemente, la voz de Adelaida Martínez es la que resuena como principal entre las páginas del libro. Incluso, Aliena considera que la comprensión del protagonista y de su realidad hace necesario respetar su apreciación de la misma, con sus sesgos, mentiras, autoengaños..., por lo que, en buena lógica, defiende que no pretende «desenmascarar a Adelaida Martínez, ni explicarla con parámetros ajenos, ni desmentirla, ni suplantarla» (p. 73). No obstante, esto no impide que, como vemos en la parte III del trabajo, junto a la «plataforma narrativa», la que se refiere al «mundo según Adelaida Martínez», encontremos otra más analítica, con una «perspectiva más despegada», la que, con el recurso al «yo analítico», nos habla del «entorno del Barrio Maravillas» y se encarga de «traducir en análisis» el discurso y el mundo de Adelaida. La utilización de esta «plataforma analítica», junto a la observación participativa y a la realización de otras entrevistas o, por lo menos, conversaciones y confrontación de opiniones con los que Aliena denomina «informa-

¹² «La investigación cualitativa es un *arte*»; TAYLOR, S. J., y BOGDAN, R., *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, trad. J. Piatigorsky, Paidós, Barcelona, 1987, p. 23.

dores estratégicos», han servido al autor como elementos de contraposición del discurso de Adelaida, así como para corregir posibles excesos de subjetivismo en el análisis sin por ello entrar en el juego de «desautorizar» al personaje y a su discurso. Lo cual, por otro lado, hubiera significado un ruido que habría alterado toda la «imaginación moral» sobre la que se sustenta la investigación, la necesidad de acceder al conocimiento de una realidad que, aunque extraña, no nos es lejana. En este sentido, dice Aliena sobre el texto que éste «es en muchos de sus pasos una conversación, conmigo mismo y con el lector, una conversación concebida como principio retórico y, lo que sin duda es más importante, de conocimiento» (p. 21). Y es que la conversación no se entiende sino es en el marco de comprender la investigación como un ejercicio de «compromiso fuerte» que, además de llevar al autor a la utilización de la primera persona, algo cuya sola mención supondría en muchos sesudos y serios investigadores una reacción alérgica, facilita la posibilidad de acceder a una cierta «sensación de proximidad», de, sino creer, es decir, comprender de forma «plena», sí sentir un personaje que representa un anacronismo, un momento anterior, ajeno a la modernidad y a sus claves, extraño, por lo tanto, a las «ideas fuerzas» de la misma y, entre ellas, sobre todo, a la tolerancia entendida en sentido activo¹³.

Finalmente, este «compromiso fuerte» que marca distancias con actitudes y planteamientos que desde un criticable relativismo se disfrazan de neutros y objetivos, dificulta la posibilidad de afrontar la investigación desde un enfoque sistémico que nos permita comprenderla como algo conectado con un todo y no como algo aislado. Es decir, a Aliena se le puede achacar que descontextualiza el personaje de Adelaida Martínez; que no tiene en cuenta que Adelaida forma parte de un paisaje conformado por una serie de factores externos a ella y de diverso origen, cultural, económico, social,..., desconectando el problema de la vinculación social de los pobres con otros temas como la desigualdad o la justicia social; que focaliza en exceso su trabajo en un personaje y en las aportaciones y creencias de ese personaje sobre la realidad; que se mueve en un plano que ya no es que sea microsociológico, sino que parece preocuparse únicamente de niveles interiores de difícil contrastación, de planos en los que es excesivamente fácil deslizarse a la apreciación subjetiva. Y por último, relacionado, o como consecuencia de estos riesgos de descontextualización y de deslizamiento hacia lo subjetivo, también se le puede acusar a Aliena de haber construido un personaje en sentido estricto –lo cual, por otra parte, tampoco tengo muy claro si supone

¹³ En este punto, y para la comprensión de la tolerancia activa como una «idea fuerza» de la modernidad, resulta interesante la lectura de GINER, S., «Verdad, tolerancia y virtud republicana», en Cruz, M. (comp.), *Tolerancia o barbarie*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 119-139.

alejarse de forma definitiva de la noción de personaje que Aliena toma de MacIntyre (pp. 167 y 168)—, así como de haber convertido la investigación científica en una narración en la que se irían proyectando diferentes imágenes y recursos literarios que podrían convertir a la protagonista y a su «Barrio Maravillas» en elementos desde los que juzgar a la modernidad, haciendo del trabajo y de su lectura una especie de elemento catártico, de lo que resultan reveladoras las palabras de Aliena cuando en relación a Adelaida Martínez dice: «Es un personaje inquisitivo, que nos pone en cuestión, que nos obliga a pensarnos a nosotros mismos, y no sé si también un personaje parcialmente redentor» (p. 168).

No obstante, y en descargo de Aliena, también hay que reconocer que en sintonía con la ya citada línea de honestidad que atraviesa todo el texto y que le lleva, entre otras cosas, a situar su investigación, a presentar la génesis y evolución del trabajo o a narrar el proceso intelectual que lo impulsa, en el capítulo dedicado a las conclusiones afirma: «En mi trabajo no me ha preocupado saber por qué Adelaida Martínez ha llegado a ser lo que es, y sí, y mucho, qué la mueve y qué le desagrada. No hay causas ni determinantes, no hay explicaciones. No he buscado los factores sociales, ambientales, de crianza o de contexto que expliquen su conducta, su personalidad o sus reacciones. (...) Decidí que prefería interpretar» (p. 230). Aliena, de este modo, no cierra puertas, sino que interpreta y abre unas posibilidades que junto a las presentaciones intelectuales y a las narraciones de la génesis y de la evolución del trabajo que acabamos de citar, así como a las constantes preguntas y cuestionamientos que vertebran la construcción del texto, nos permiten que veamos a éste no únicamente como el resultado de una investigación, sino también como un auténtico y útil manual que muestra formas de investigar y de acceder a las investigaciones en el campo de las ciencias sociales.

Para acabar, simplemente nos queda decir que el comentario realizado en estas páginas es sólo una de las posibles formas de afrontar la investigación que aquí se está tratando. Incluso, no sería extraño aventurar que cuando el responsable de la misma lea estas líneas no se reconozca en algunos de los aspectos que destacamos. Sin embargo, y sin querer eludir ningún tipo de responsabilidad, esto puede ser en gran parte fruto del talante que desde el principio hasta el final nos encontramos en la investigación y en la publicación a que ésta ha dado lugar. Aliena afronta el trabajo desde una perspectiva intencionadamente abierta, en sintonía con su planteamiento de que «todo producto es provisional» y de que, como a continuación afirma, «mi referente ideal no fue el de un texto armado contra las refutaciones, sino el de uno que permanece ahí tras ellas, incluso el de un texto que gana gracias a ellas» (p. 20). No obstante, esta especie de calidad dúctil que tiene el trabajo de Aliena no significa que nos encontremos ante una situación ambigua que se mueva en los

terrenos de la indefinición. Sino, más bien, que el autor nos invita a abrir nuestras reflexiones hacia terrenos y registros en los que cada investigador sea verdaderamente responsable de su trabajo, no dejándose arrastrar por los, aunque necesarios, fríos planteamientos teóricos y conceptuales y recuperando, por contra, la propiedad de la palabra¹⁴.

¹⁴ No querría acabar este trabajo sin aprovechar una vez más los guiños de informalidad a los que hacía alusión al principio. Así, y si se me permite la licencia, aunque sea en una nota a pie de página creo interesante recoger que la lectura del libro de Aliena me produce una cierta evocación de otras obras que, en otros registros y con las distancias debidas, no dejan de ser fuentes de información como lo es este trabajo. Me refiero, en concreto, a las imágenes e historias que aparecen en recientes películas como *Nunca hablarán de nosotras cuando hayamos muerto*, *Le gone du chaâba*, y, sobre todo, *Solas*. Por otro lado, el mismo Aliena, aunque quizás no vaya tan lejos, también se sale en ocasiones de los rigores de la ciencia en sentido estricto y realiza alusiones a clásicos de la literatura como Shakespeare, o a la obra de críticos literarios como Frye.